



Siempre es
invierno
en tu
sonrisa

HELENA PINÉN

Winter Lane es una mujer acostumbrada a huir de los problemas. Ahora que su compromiso se ha roto, se refugiará en la casa familiar donde solía veranear de pequeña. Está decidida a empezar de cero... pero no contaba con tener la compañía de Hayden Brock.

Hayden es un soldado de élite retirado, que vive como un ermitaño en la orilla del Serene Lake. Encontrarse con Winter después de tanto tiempo, es como encontrar un oasis en el desierto. Pero aquella chica ya no es la que conoció de joven. Tozudo, está dispuesto a ayudarla a ser la muchacha risueña que fue.

¿Podrá Hayden deshacer la nieve que habita en ella?

¿Podrá Winter atreverse a amar a pesar de sus heridas y sus temores?

¿Podrá su amistad superar tantos años de dolor y de secretos... para convertirse en amor?

Índice de contenido

Cubierta

Siempre es invierno en tu sonrisa

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Epílogo

Epílogo II

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

1

WINTER

(10 de septiembre de 2005)

—Mamá nos está mirando.

Winter desvió los ojos hasta su madre. Saltaba a la vista que estaba enferma. Su piel luminosa ahora era casi translúcida; sus ojos llenos de vida eran dos cuencas vacías que apenas tenían esperanza. Su sonrisa era tirante. Su cuerpo se había vuelto más delgado y huesudo. Estaba sentada en la silla de mimbre, sosteniendo la mano de su marido. Ciertamente, observaba a sus dos hijos con adoración pese al agotamiento físico y mental.

—No quiero hacerlo —murmuró, cruzándose de brazos.

Su hermano suspiró y se interpuso en su campo de visión.

—Winter, vamos —le acarició la mejilla—. Es el cumpleaños de mamá y quiere que bailemos. Esta es nuestra canción —le recordó.

La melodía era suave y la voz del cantante era igual de dulce. Llegaba a través de los altavoces del jardín con potencia. Desde pequeños bailaban aquella letra en las fiestas especiales, como cumpleaños o navidades. Nunca recordaban los pasos de la vez anterior, se dejaban llevar.

Su madre podría morir. Los médicos habían confirmado que aquel iba a ser su último cumpleaños. Por eso Winter no quería bailar ni fingir una alegría que no sentía. Sus sentimientos iban en dirección contraria. Quería esconderse en el agujero más profundo del mundo y huir de la tristeza presente y venidera.

—No quiero.

—Winter, haz un esfuerzo —Dash insistió con paciencia.

Ella negó con la cabeza.

¿Por qué todo el mundo se comportaba como si nada? Su padre, su hermano mayor, sus tíos y tías, sus primos no estaban decaídos. Hacían ver que no ocurría nada. ¡Nada! ¡Y en realidad sucedía todo!

—Querida —una de sus tías carraspeó no muy lejos de ella, hablando en voz baja—. Deberías hacerlo por tu madre. Le hará ilusión verte más animada.

La niña refunfuñó, pero terminó aceptando la mano de su hermano. Dash la agarró con seguridad. Se miraron a los ojos y Winter vio claramente un mensaje en sus ojos.

Jamás estaría sola.

Sin embargo, ella no le temía a la soledad. Le temía a no tener a su madre al lado. Quería que estuviera el día de su graduación, el día que recibiera la carta de admisión a la universidad; quería sostener su mano el día que se casase y tuviera un hijo.

Dash la guio por el jardín. Lo hizo con ternura, tarareándole al ritmo de la música. Viraban sobre sus pies, abrazados.

—Sonríe, Winter —le pidió—. Mamá necesita que le des fuerza. Y si te ve feliz, todo se le hace menos cuesta arriba.

—Eso no es verdad.

—Te lo prometo —le levantó la barbilla y le besó la punta de la nariz. Ella sonrió un poco. Sus compañeras de clase se quejaban porque sus hermanos mayores ya no se mostraban afectuosos, pero Dash no era así. La tenía en cuenta. Siempre estaba pendiente de ella. Nunca se había pelado las rodillas, pues él siempre había estado dos pasos por delante y la había tomado a tiempo del codo para evitarle la caída—. ¿Ves? Sí, justo. Si sonríes así, iluminas el mundo entero.

—Estás mintiendo.

Dash se rio y le hizo dar una vuelta sobre sí misma.

—No, renacuaja —la volvió a abrazar—. Cuando sonríes, el sol sale tras las nubes aunque acabe de llover. Para mamá, es como si el verano viviera en tu sonrisa.

—Eres un poeta —los ojos de Winter se llenaron de lágrimas—. No quiero que le pase nada, Dash.

—Todo irá bien —pero no fue una promesa solemne. La estaba engañando, más esa mentira piadosa no alivió su dolor.

Winter se apoyó contra su cuerpo.

—Hay cosas que se escapan de mi control —musitó su hermano cuando acabó la música. No la alejó de él. Le peinó el pelo con los dedos. Winter solo oía su voz, no los falsos y pobres aplausos familiares—. La vida es demasiado complicada para alguien como yo, Winter. Pero te juro por mi vida que yo no te fallaré.

—Pero mamá...

—Mamá necesita que estés bien. Intenta ser la de siempre —sus dedos atacaron sus cosquillas y Winter se rio. Dash sabía bien su punto débil—. Eso es. Así. No pierdas esa sonrisa nunca, Winter.

Ella miró a su madre. Hablaba con un amigo de la familia más animada que antes. Incluso parecía tener más color en las mejillas.

Supuso que todos tenían razón. Tenía que fingir, como ellos. Y así, vendándose los ojos ante lo que se les echaba encima, podrían tirar hacia delante.

—De acuerdo.

—Esa es mi hermana favorita —Dash la tomó en brazos.

2

HAYDEN

(1 de julio de 2006)

Estaba harto. Se escabulló aprovechando que su padre estaba ocupado cambiando una tubería que le traía problemas. Dijo que iba a por limonada fría para reponerse, pero aprovechó que la cocina estaba desierta para salir por la puerta trasera.

Rodeó la cabaña con cuidado de que nadie lo viera por las ventanas. Eran pequeñas, no entraba bien la claridad a través de ellas. Si él fuera el dueño de aquel lugar, haría que hubiera ventanales en el salón. Si fueran desde el suelo hasta el techo, podría ver el Serene Lake con libertad y la luz natural lo inundaría todo.

Se sentó en la orilla del lago y cogió un puñado de tierra con piedras.

Dejó que se escurrieran entre sus dedos.

Ojalá estuviera en la playa, disfrutando de la brisa salobre y de la arena suave y dorada. Estaría con sus amigos, bebiendo cerveza, comiendo patatas fritas y disfrutando de las vistas.

Las chicas era lo que más echaba de menos, definitivamente.

Allí no había ninguna. Allí no había nadie. Hayden no entendía por qué la gente iba hasta allí para pasar las vacaciones de verano. Era tan aburrido que resultaba agobiante.

Suspiró y se echó hacia atrás, doblando los codos para poder reposar la cabeza sobre las manos entrelazadas. El

cielo azul lo observaba con la misma quietud con la que Hayden lo miraba a él.

Odiaba a su familia por arrastrarlo hasta allí y obligarlo a currar como una mula, de sol a sol.

No quería estudiar, ¿y qué? Bastante había hecho ya terminando el instituto, si por él fuera hubiera abandonado tiempo atrás. Estaba en su derecho de decidir su futuro, ¿no? Sus padres no podían castigarlo llevándolo al medio de la nada para hacerle ver que era mejor ir a la universidad. ¡No podían obligarlo a ir a Yale, diablos! ¡Él no sería feliz allí!

¿Y qué si todavía no quería trabajar? No había encontrado nada que lo motivase, solo tenía diecinueve años. ¿Qué culpa tenía de no haber encontrado un oficio que lo llamase de verdad? Era joven, todavía estaba a tiempo de descubrir su vocación y explotarla hasta los sesenta años.

¿No le bastaba a su padre con que Hayden hubiera soportado a la tía Clementine?

Aquella mujer iba a acabar con él. Nunca se había casado y lo había adoptado como hijo desde pequeño. Creía que estaba en su derecho de educarlo y que tenía que hacer de él un hombre de bien. Llevaba bajo su yugo tres meses, pues se había ido a vivir con ellos, y había sido un tiempo tortuoso, gris.

No se drogaba, no regresaba a horas exageradas a casa cuando salía y nunca volvía borracho. No robaba, solo golpeaba a otros en el gimnasio, cuando le daba por boxear. Respetaba a las mujeres.

¿Eso no demostraba que ya era un caballero? No era un mal tío, no estaba metido en problemas. ¿Qué buscaba su tía de él?

Atosigado por la situación familiar, sintiéndose incomprendido, gruñó y cerró los ojos. El sol calentó su piel y quemó sus párpados cerrados. Cuando volvió a abrirlos, veía en blanco y negro y estaba algo mareado. Había perdido la noción del tiempo.

Pero ya no estaba solo.

Se incorporó con la cabeza ladeada, observando a la niña que se había adentrado en el agua del lago. No, no se trataba de una niña, aunque por lo bajita que era y las dos coletas que llevaba, bien podría serlo.

Era una jovencita de unos ¿catorce?, ¿quince? años.

Llevaba una cámara de hacer fotos. Era desechable y quizá por eso se pensaba muy bien qué quería capturar a través de la lente de mala calidad. Como si cada instantánea fuera especial y única.

Un tirón en el pecho lo asustó unos segundos.

Pronto se dio cuenta que era instinto de protección.

Una chiquilla sola en el agua podría llegar a ser peligroso. Si seguía caminando hacia la parte más profunda, podría ser engullida por el Serene Lake. Sería tan sencillo que un alga atrapase su tobillo y la retuviera bajo la superficie, impidiéndole respirar hasta que solo quedase agua, quietud y frío...

—Para.

Ella levantó los ojos hacia él, para nada sorprendida de ver que la llamaba. No parecía tenerle miedo tampoco, si bien cobró interés al momento por Hayden.

Esperaba que no lo tomase como un referente. Las hermanas pequeñas de sus colegas suspiraban por él. Tampoco tenían ni dieciséis años y ya deseaban llamar su atención. ¡Cómo si eso fuera posible!

Hayden se levantó y se sacudió la tierra de los pantalones. Mientras tanto, intentaba esbozar una sonrisa.

Asustarla podría ser fatal.

Quería que volviera a la orilla, aunque ¿cuánto los separaba? Puede que un par de metros, algo más.

—No sigas avanzando. Podrías hacerte daño.

Ella sonrió. Lo hizo de una forma que destilaba alegría, pero conservando un halo de tristeza que demostraba que no era feliz. No del todo. Había probado el sabor más

amargo de la infelicidad y ahora se permitía disfrutar de los pequeños momentos que le regalaba el día a día.

Una chica de su edad no debería conocer ese pozo de desolación.

Quizá se veía reflejado en ella. Su mirada transparente podría recordarle a la suya... siempre y cuando Hayden admitiera que su vida era una mierda, que no lo llenaba y que todo lo que le sucedía no bastaba a veces para querer levantarse de la cama.

—Me llamo Winter. Winter Lane —la chica regresó a la orilla con pasos lentos pero grandes. No le importó caminar sobre piedrecitas y atravesando las aguas tranquilas del lago. Le tendió una mano, la otra no soltaba la cámara—. ¿No vas a presentarte?

Se había quedado sorprendido por su soltura y se había quedado varios segundos sin poder moverse.

Había chicas de su entorno que, pese tener diecinueve o veinte años, no tenían tanto aplomo. Ni tanta seguridad en sí mismas.

Quizá no estaba tan indefensa como había creído al principio.

O puede que todo sea una máscara y esté pidiendo a gritos que alguien vea cómo se encuentra en realidad, pensó.

—Hayden Brock.

—¿Estás veraneando en la cabaña? —lo preguntó con voz aguda, algo candorosa todavía—. Mi hermano mayor y yo estamos después del bosque. Creo que os caeríais bien. Puedes venir a cenar si quieres...

—¡Tiempo muerto! —cruzó las manos, poniendo los dedos de la derecha rectos bajo la palma de la izquierda—. Regla número uno, Winter Lane: no tendrías que ir invitando a cenar a casa a desconocidos.

Ella ladeó la cabeza como si lo mirase sin comprender. Entonces se rio echando la cabeza hacia atrás.

—No eres un desconocido, tonto —él casi quiso gritar. Nadie le insultaba así, y menos de forma tan insustancial—. Te has presentado, ¿no?

Hayden se armó de paciencia y la siguió con la mirada cuando Winter volvió sobre sus pasos, se internó en el agua del Serene hasta que esta le rozó las rodillas.

—No me pasará nada por confiar en ti, ¿verdad? —lo miró por encima del hombro con el ceño fruncido.

Era insensata, estaba loca. Si bien supuso que la madurez de su edad no daba para ser consciente que la vida puede terminar en pocos segundos.

—Princesa, creo que necesitas otro hermano mayor —susurró mientras se frotaba un brazo, donde segundos antes un mosquito se había dado un buen festín, dejándole una rojez de lo más molesta.

3

HAYDEN

(1 de septiembre de 2006)

Habían arreglado la cabaña de la tía Clementine durante el verano. Ahora que las vacaciones habían terminado, ya no había nada más que hacer. La tía Clementine estaba más satisfecha con el resultado de la reforma, por más *amateur* que fuera, que con el hecho de que las horas de sol fueran más cortas cada día que pasaba.

Hayden dejó la maleta en el coche familiar y se giró hacia los árboles. Dash se había despedido de él la noche anterior, pero Winter no había querido ir hasta la cabaña para decirle adiós. Una parte de su ser esperaba que fuera a verle en el último momento, que se despidiera.

Aquella niñita de sonrisa melancólica y ojos vivaces se había adueñado de su corazón. Le había hecho sentir importante, como si realmente pudiera llegar a ser alguien en la vida.

Se montó en el coche ante la insistencia de sus padres. Su madre se encontraba mal por el periodo y necesitaba dormir, algo que solo lograría en cuanto el coche se pusiera en marcha. Hayden no podía dormir esa vez. El traqueteo del coche y el *jazz* que su padre ponía en cuanto se montaba en el todoterreno no iba a relajarlo esa vez.

Cerró los ojos.

Echaría de menos a Dash y a Winter Lane. Esos dos hermanos tenían algo especial. Nada tenía que ver con su historia, con la tragedia que había sacudido sus vidas hacía poco. Eran personas amables y confiadas. Le habían hecho

ver a Hayden que la vida no era solo marihuana, risotadas y facilidades. Ellos le habían hecho ver que todo esfuerzo tiene recompensa, que ser honorable y afable con la vida y con uno mismo a veces era la mejor forma de aceptarse a uno mismo.

Su padre frenó de repente. Su madre chilló y Hayden se sobresaltó.

Se asomó entre los asientos, preguntándose si había surgido algún ciervo de la nada, algo poco probable porque el bosque estaba poco poblado de animales salvajes.

—Winter.

Se bajó del coche de un salto.

—Papá, yo me encargo —espetó en cuanto su padre se asomó a la carretera y empezó a quejarse—. Winter, ¿estás loca? ¡Podríamos haberte atropellado!

—Pero no ha ocurrido —la adolescente estaba recuperando el aliento—. Tu padre se ha detenido a tiempo.

—Debes dejar de ser tan inconsciente, por Dios.

La preocupación por lo que podría haber ocurrido era más intensa que la alegría inmensa que lo inundaba de verla allí, de saber que podría despedirse de aquella niñita de carácter extraño, a veces fuerte y a veces frágil.

—Sé muy bien qué es la muerte, Hayden —se secó el sudor de la frente y se irguió—. No soy tan pequeña ni idiota como me crees.

—Sabes que no creo eso.

—Un poco sí —sonrió casi sin emoción—. No podías irte sin que te dijera adiós. Y sin que te diera esto.

Le tendió un papel y el muchacho lo aceptó. Era un recuadro arrancado de un cuaderno. Había un teléfono apuntado y la firma de Winter justo debajo. Era su número de teléfono.

El gesto lo enterneció.

Era curioso, pero se había encariñado de una chica que no levantaba un palmo del suelo y que ni siquiera tenía